



SHERRYL WOODS

Amor o venganza

HISTORIAS DE CHESAPEAKE



SHERRYL WOODS

Amor o venganza

HISTORIAS DE CHESAPEAKE



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Sherryl Woods. Todos los derechos reservados.
AMOR O VENGANZA, N° 251 - junio 2010
Título original: The Inn at Eagle Point
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8548-5
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

La discusión había durado casi toda la noche. Desde su dormitorio, a solo tres puertas de la habitación de sus padres, Abby había oído sus voces, aunque no había sido capaz de distinguir sus palabras. No era la primera vez que discutían con tanta vehemencia, pero en aquella ocasión había percibido algo diferente. Aquella fuerte discusión y su preocupación por lo que pudiera significar la habían mantenido despierta durante la mayor parte de la noche.

Justo después del amanecer, bajó al vestíbulo y vio allí unas maletas, Abby deseó haber imaginado aquella discusión, y que el nudo de miedo que tenía en el estómago fuera en realidad producto de su activa imaginación. Pero sabía que no era así. Alguien se marchaba, y quizá para siempre, a juzgar por el volumen del equipaje.

Intentó sofocar el pánico recordándose que su padre, Mick O'Brien, viajaba continuamente. Al ser un arquitecto de fama internacional, viajaba de país en país para realizar nuevos proyectos. Aun así, Abby percibía algo distinto en aquella ocasión. Su padre sólo

había estado en casa un par de días desde su último viaje y rara vez emprendía otro tan pronto.

—¡Abby! —su madre parecía sobresaltada y nerviosa—. ¿Qué haces levantada a estas horas?

A Abby no le sorprendió la extrañeza de su madre. La mayoría de los adolescentes, y entre ellos Abby y sus hermanos, odiaban madrugar los fines de semana. Rara vez se levantaba de la cama antes de las doce los fines de semana.

Abby miró a su madre, reconoció el desconsuelo en sus ojos y supo instintivamente que Megan esperaba estar fuera de casa antes de que nadie se levantara, antes de que nadie pudiera abordarla con preguntas incómodas.

—Te vas, ¿verdad? —dijo Abby con rotundidad, haciendo un esfuerzo para no llorar.

Tenía diecisiete años y si no se equivocaba al interpretar lo que le estaba pasando, iba a tener que ser fuerte para ayudar a sus hermanos.

A Megan se le llenaron los ojos de lágrimas. Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de emitir sonido alguno. Al final, asintió.

—¿Por qué, mamá? —comenzó a decir Abby, y continuó con un torrente de preguntas—. ¿Adónde vas? ¿Y qué va a pasar con nosotros, conmigo, con Bree, con Jess, con Connor y Kevin? ¿También vas a dejarnos a nosotros?

—Oh, cariño, jamás podría haceros una cosa así —dijo Megan, alargando los brazos hacia ella—. Sois mis hijos. En cuanto esté instalada, vendré a buscaros, te lo prometo.

Aunque lo dijo con fuerza, Abby distinguió el miedo que subyacía en sus palabras. Megan emprendía su marcha asustada y llena de inseguridades. ¿Y cómo iba a ser de otra manera? Megan y Mick O'Brien llevaban casi veinte años casados, tenían cinco hijos y una vida establecida en Chesapeake Shores, un pueblo que el

propio Mick había diseñado y construido con sus hermanos. Y de pronto, Megan iba a marcharse sola, a empezar de cero. ¿Cómo no iba a estar aterrorizada?

—Mamá, ¿de verdad es eso lo que quieres? —preguntó Abby.

Intentaba encontrar sentido a una decisión tan drástica. Sabía que había muchos niños con padres divorciados, pero sus madres no hacían las maletas de un día para otro y se marchaban de casa. Si alguien tenía que irse, solía ser el padre. Que se fuera su madre le parecía mil veces peor.

—Por supuesto que no es eso lo que quiero —respondió Megan con fiereza—. Pero las cosas no pueden continuar como hasta ahora —parecía decidida a decir algo más, pero lo descartó en el último momento—. Esto es algo entre tu padre y yo. Sencillamente, sé que la situación debe cambiar. Y yo necesito empezar de nuevo.

En cierto modo, a Abby le tranquilizó que Megan no dijera nada más. No quería llevar sobre sus hombros la carga de saber lo que había impulsado a su madre a marcharse. Ella quería y respetaba a sus padres y no estaba segura de cómo habría podido asimilar unas palabras nacidas del odio y capaces de destrozar el amor que sentía por cada uno de ellos.

—¿Pero adónde irás? —volvió a preguntarle.

Seguramente, no sería muy lejos. Su madre no podía dejar que se enfrentaran solos a la debacle que se avecinaba. Mick no era capaz de arreglárselas con los sentimientos. Podía manejar todo lo demás: proporcionarles comida, quererlos, e incluso llevarlos a algún partido o a visitar un museo. Pero en lo que se refería a sentimientos heridos y a emociones, era Megan la que cargaba con todos ellos.

Pero probablemente, Megan pensaba que Abby podría ocuparse de todo. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que Abby se tomaba muy en serio sus responsa-

bilidades como hermana mayor. Siempre había sabido que sus padres encontraban un gran apoyo en ella. Bree, que estaba a punto de cumplir trece años, y sus hermanos saldrían adelante. Posiblemente, Bree se encerraría en sí misma al principio, pero siendo como era una adolescente madura e independiente, encontraría la manera de enfrentarse a lo ocurrido. Kevin y Connor sólo pensaban en los deportes y en las chicas y a veces incluso parecían avergonzarse de su cariñosa y exuberante madre.

Estaba también Jess, apenas un bebé. Bueno, en realidad había cumplido siete años la semana anterior, se recordó Abby, pero todavía era suficientemente pequeña como para necesitar a una madre cerca. Abby no tenía la menor idea de cómo iba a suplir ese papel, aunque fuera temporalmente.

—No estaré muy lejos —le aseguró Megan—. En cuanto encuentre un trabajo y una casa en la que quepamos todos, vendré a buscaros. Seguro que no tardaré —y después, añadió, casi para sí—: Haré todo lo que pueda para que sea cuanto antes.

Abby habría querido decir que hasta un minuto sería demasiado tiempo, que toda distancia sería excesiva. ¿Cómo era posible que su madre no lo comprendiera? Pero parecía tan triste, tan perdida y sola, que no fue capaz de reprocharle nada. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Abby no podía gritarle y aumentar su dolor. No, sabía que tendría que encontrar la manera de enfrentarse a lo ocurrido y de ayudar a sus hermanos a entenderlo.

Le asaltó de pronto otro pensamiento aterrador.

—¿Y qué pasará cuando papá tenga que marcharse por culpa del trabajo? ¿Qué pasará con nosotros entonces?

Megan cambió por un instante de expresión, seguramente sobrecogida por el miedo que reflejaba la voz de Abby.

—Vendrá vuestra abuela a vivir con vosotros. Tu padre ya ha hablado con ella. Hoy mismo vendrá a veros.

El hecho de que hubieran invitado a su abuela a mudarse a aquella casa sólo podía significar que aquella separación era permanente, no se trataba de una separación que duraría únicamente hasta que sus padres entraran en razón. Abby comenzó entonces a temblar.

—No —susurró—. No puede ser, mamá.

Megan pareció conmovida por su vehemencia.

—¡Pero todos vosotros adoráis a la abuela! Será maravilloso poder tenerla cerca.

—¡Ésa no es la cuestión! —replicó Abby—. La abuela no eres tú. ¡No puedes hacernos esto!

Megan estrechó a Abby entre sus brazos, pero Abby se apartó. Se negaba a dejarse consolar por una madre que estaba a punto de destrozar sus vidas.

—¡Yo no os estoy haciendo nada! —respondió Megan, suplicándole comprensión con la mirada—. Estoy haciendo esto por mí, intenta comprenderme. A la larga será lo mejor para todos.

Acarició la mejilla de Abby, a esas alturas cubierta de lágrimas.

—Te encantará Nueva York, Abby, sobre todo a ti. Iremos al teatro, al ballet. Visitaremos galerías de arte.

Abby la miró con renovada estupefacción.

—¿Te vas a ir a Nueva York?

Abby se olvidó completamente de su propio sueño de trabajar algún día en Nueva York, de labrarse un nombre en el mundo de las finanzas. En lo único en lo que podía pensar era en las horas de distancia entre Nueva York y su casa de Chesapeake Shores, en Maryland. Al parecer, una pequeña parte de ella esperaba que su madre se fuera a menos de una manzana de distancia, o quizá a Baltimore o a Annapolis. ¿No le parecía suficiente distancia como para alejarse de Mick sin tener que abandonar a sus hijos?

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer cuando te necesitamos? —exigió saber.

—Llamarme, por supuesto.

—¿Y esperarte después durante horas? Mamá, esto es una locura.

—Cariño, sólo serán unas cuantas semanas. Después, volveremos a estar todos juntos. Encontraré una casa maravillosa para todos nosotros. Buscaré los mejores colegios para todos. Tu padre y yo hemos llegado a un acuerdo sobre eso.

Abby quería creer que todo saldría bien, quería conservar el derecho a seguir preguntando hasta que su madre se olvidara de aquel absurdo plan. Pero justo en aquel momento, llegó un taxi a la entrada de la casa. Abby miró a su madre horrorizada.

—¿Vas a irte ya, sin ni siquiera despedirte? —había imaginado que sería así, pero en aquel momento le parecía mucho más cruel.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Megan.

—Créeme, es mejor así. Será más fácil para todos. He dejado una nota para cada uno en las puertas de los dormitorios y os llamaré esta noche. Antes de que os deis cuenta, estaremos juntos otra vez.

Mientras Abby permanecía en silencio, paralizada por el dolor, Megan levantó las dos primeras bolsas, cruzó con ellas el porche y bajó los escalones para acercarse al taxi. El taxista la acompañó a buscar el resto del equipaje.

Megan, de nuevo en el vestíbulo, tomó a su hija por la barbilla.

—Te quiero, cariño. Sé lo fuerte que eres, y también sé que tus hermanos podrán contar contigo. Eso es lo único que facilita esta separación.

—¡Eso no facilita nada! —replicó Abby con vehemencia, empezando a elevar la voz.

Hasta ese momento, había conseguido contenerse, pero al ser consciente de que su madre no iba a estar

cerca para manejar la locura que estaba a punto de desatarse, le entraron ganas de empezar a gritar. Ella no era ninguna adulta. Ella no tenía por qué solucionar aquel desastre.

—¡Te odio! —gritó mientras su madre bajaba los escalones del porche con la espalda erguida.

Lo gritó otra vez, sólo para asegurarse de que su madre lo oyera, pero Megan no giró en ningún momento la cabeza.

Abby podría haber seguido gritando hasta perder al taxi de vista, pero justo en ese momento, detectó un movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió y descubrió a Jess con los ojos abiertos como platos, reflejando en ellos su desconcierto y su tristeza.

—Mamá —susurró Jess con labios temblorosos y la mirada fija en el taxi que se alejaba.

Tenía el pelo revuelto, los pies descalzos y la marca de las sábanas en la mejilla.

—¿Adónde va mamá?

Sacando fuerzas de donde ya no quedaban, Abby puso freno a su propio miedo, dominó su enfado y se obligó a sonreír a su hermana pequeña.

—Mamá se va de viaje.

A Jess se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cuándo volverá?

Abby levantó a su hermana en brazos.

—No estoy segura —y añadió, con una confianza que estaba muy lejos de sentir—, pero ha prometido que pronto volveremos a estar juntos.

Por supuesto, resultó ser mentira.

1

15 años después

Ser una persona capaz de enfrentarse a cualquier reto era agotador, concluyó Abby O'Brien Winters mientras se metía en la cama después de las doce y media de la noche. Estaba mental y físicamente agotada tras una jornada de locura en Wall Street. Sólo había podido pasar veinte minutos tranquilos con sus gemelas antes de que las niñas se quedaran dormidas en el primer párrafo de *El conejo de felpa*. Por tercera noche consecutiva había cenado comida china; después había sacado media docena de informes de mercado que necesitaba estudiar antes de que se abriera la bolsa al día siguiente por la mañana.

Sabía que era buena en su trabajo como directora de una importante agencia de bolsa, pero de momento, su profesión le había costado un matrimonio con un tipo magnífico que se había cansado de jugar un papel secundario en su vida y más horas de sueño de las que podría nunca calcular. Aunque compartía la custodia de las gemelas con Wes, a menudo tenía la sensación de que apenas conocía a sus hijas. En realidad, éstas

pasaban más tiempo con la niñera, e incluso con su ex marido, que con ella. Y hacía tiempo que Abby había perdido de vista exactamente qué estaba intentando demostrar y a quién.

Cuando sonó el teléfono, miró el reloj de la mesilla y gimió asustada. A esa hora de la noche, sólo podía tratarse de una emergencia. Con el corazón latiéndole violentamente, alargó la mano hacia el teléfono.

—Abby, soy yo —anunció su hermana Jessica.

Jess era la más pequeña de los cinco hermanos O'Brien y era una auténtica ave nocturna. Abby se acostaba tarde porque era la única manera de cumplir con todas las obligaciones de sus atareados días. Jess lo hacía porque comenzaba a animarse en el momento en el que salía la luna.

—Te he llamado antes, pero la niñera me ha dicho que todavía no habías vuelto a casa. Después me he distraído con un proyecto en el que estoy trabajando. Espero que no sea demasiado tarde. Sé que normalmente estás despierta hasta tarde.

—No pasa nada —le aseguró Abby—. ¿Va todo bien? Pareces nerviosa. ¿Le ha pasado algo a la abuela? ¿O a papá?

—No, la abuela está increíblemente bien. Nos sobrevivirá a todos. Y papá está no sé dónde, trabajando en alguna parte. Soy incapaz de seguirle la pista.

—La semana pasada estaba en California —recordó Abby.

—Entonces, supongo que seguirá allí. Ya sabes que le gusta supervisar hasta el último detalle de sus proyectos. Por supuesto, en cuanto el proyecto ha terminado, pierde todo el interés en él, como le pasó en Chesapeake Shores.

Había una nota de amargura en la voz de Jess. Al ser la más pequeña de los hermanos, era también la que más había echado de menos a su padre. Mick O'Brien ya se había labrado un nombre como arquitect-

to cuando le habían encargado el diseño de Chesapeake Shores, una comunidad situada al lado de la bahía Chesapeake que había llegado a hacerse famosa. Había emprendido aquel proyecto junto a sus dos hermanos: uno de ellos constructor y el otro experto en medio ambiente. Habían construido aquella nueva localidad alrededor de las tierras que en otro tiempo habían albergado la granja de Colin O'Brien, un hermano de su bisabuelo perteneciente a la primera generación de los O'Brien que había llegado de Irlanda a finales del siglo XIX. Supuestamente, Chesapeake Shores iba a ser la joya de la corona en lo que se refería al trabajo de Mick y el lugar idílico para formar el hogar de la familia. Pero las cosas habían terminado saliendo de otro modo.

Mick y sus hermanos se habían peleado durante el proceso de construcción; habían discutido por cuestiones medioambientales y por la divergencia de opiniones en torno a la conservación de los edificios de la propiedad. A la larga, habían terminado disolviendo la sociedad y aunque todos habían continuado viviendo cerca, sólo se reunían en algunas fiestas, y eso porque la abuela insistía en preservar cierta armonía familiar.

Megan, la madre de Abby, vivía en Nueva York desde que se había divorciado de su esposo quince años atrás. Aunque el plan inicial era que todos los hijos se fueran a vivir con ella a Nueva York, por razones que Abby nunca había llegado a comprender, no había sido así. Los cinco hermanos habían continuado en Chesapeake Shores, con un padre casi siempre ausente y su abuela. Durante los últimos años, habían ido abandonando poco a poco el hogar, todos, excepto Jess, que parecía tener una relación de amor—odio tanto con el pueblo como con Mick.

Al haberse ido a vivir a Nueva York tras terminar los estudios universitarios, Abby había recuperado la relación con su madre, pero ninguno de sus hermanos

había hecho lo mismo. Y no sólo Jess, sino todos ellos tenían una relación extraña con su padre. Había sido la abuela, que era sólo una niña pelirroja de pronta sonrisa y chispeantes ojos azules cuando su familia había seguido al primero de los O'Brien a Maryland, la que les había mantenido unidos y había hecho de ellos una verdadera familia.

—¿Llamas para quejarte de papá o querías decirme algo más? —le preguntó Abby a su hermana.

—En realidad, siempre puedo encontrar alguna queja sobre papá —admitió Jess—, pero la verdad es que te llamo porque necesito ayuda.

—Dime qué necesitas —le pidió Abby inmediatamente.

Estaba muy unida a todos sus hermanos, pero Jess ocupaba un lugar muy especial en su corazón, por su diferencia de edad y porque era consciente de lo mucho que le había afectado la marcha de su madre y las frecuentes ausencias de su padre. Desde el día que Megan se había marchado, Abby había intentado llenar el vacío que había dejado en la vida de su hermana.

—¿Puedes venir a casa? —le suplicó Jess—. Esto es demasiado complicado para hablarlo por teléfono.

—Cariño, no sé —comenzó a decir Abby vacilante—. Tengo mucho trabajo.

—Siempre tienes mucho trabajo, y ésa es exactamente la razón por la que tienes que venir. Hace siglos que no vienes. Antes de que nacieran las niñas, utilizabas el trabajo como excusa. Después fueron las gemelas, y ahora, el trabajo y las gemelas.

Abby esbozó una mueca. Tenía razón, había estado poniendo excusas desde hacía años. Intentaba engañarse diciendo que a todos los miembros de su familia les encantaba visitar Nueva York y, siempre y cuando se vieran a menudo, lo de menos era que lo hicieran en su casa o en Chesapeake Shores. Nunca se había detenido a analizar por qué le había resultado tan fácil permane-

cer lejos de su casa. A lo mejor era porque, después de la marcha de su madre, para ella nunca había sido un verdadero hogar.

Antes de que pudiera contestar, Jess insistió:

—Vamos, Abby, ¿cuándo fue la última vez que estuviste de vacaciones? Seguro que durante la luna de miel. Sabes que te vendría bien un descanso y que a las niñas les encantará estar aquí. Podrán disfrutar del pueblo que construyó su abuelo y en el que tú creciste y la abuela podrá mimarlas durante un par de semanas. No te lo pediría si no fuera importante.

—¿Es un asunto de vida o muerte? —preguntó Abby.

Era una pregunta habitual en ellas que servía para decidir si una crisis era monumental o un problema pasajero en sus vidas.

—Podría serlo —contestó Jess muy seria—, por lo menos en el sentido de que podría estar en juego todo mi futuro. Eres la única persona que puede ayudarme a solucionar esto. O, por lo menos, la única a la que estoy dispuesta a pedirle ayuda.

—Será mejor que me digas inmediatamente lo que te pasa —pidió Abby, preocupada por el tono de su hermana.

—Tienes que estar aquí para entenderlo. Si no puedes quedarte dos semanas, quédate por lo menos unos días, por favor.

Había algo en la voz de Jess que Abby no había percibido jamás, una urgencia que sugería que no exageraba al decir que estaba en juego su futuro. Como Jess era la única de los cinco hermanos que había tenido que luchar para mantenerse a flote durante toda su vida de adulta, Abby sabía que no podía darle la espalda. Y tenía que admitir que un descanso le sentaría bien. ¿No había estado lamentándose de lo mucho que trabajaba esa misma noche?

Sonrió al pensar en lo maravilloso que sería volver a

respirar el aire salado de la bahía. Y, mejor aún, poder disfrutar con las niñas en un lugar en el que podrían columpiarse en un parque diseñado por su propio abuelo, hacer castillos de arena y correr con los pies descalzos en las frías aguas del mar.

—Solucionaré mañana un asunto pendiente y estaremos allí este fin de semana —le prometió, cediendo a la petición de su hermana. Miró su agenda e hizo una mueca—. Pero sólo podrán ser un par de días.

—Una semana —suplicó Jess—. No creo que pueda arreglar esto en sólo dos días.

Abby suspiró.

—Veremos lo que puedo hacer.

—Haz lo que sea para poder estar aquí —dijo Jess inmediatamente—. En cuanto sepas cuándo llega tu vuelo, dímelo para que vaya a buscaros.

—Alquilaré un coche.

—Después de haber pasado tantos años en Nueva York, ¿todavía sabes conducir? —bromeó Jess—. ¿Y sabes cómo llegar a casa?

—No tengo tan mala memoria —contestó Abby—. Nos veremos pronto, cariño.

—Llamaré a la abuela para decirle que vienes.

—Pero dile que no prepare nada, ¿de acuerdo? —le advirtió Abby, aunque sabía que sería inútil—. Saldremos a comer fuera. Me muero por volver a comer cangrejos de Maryland.

—Todavía no es la temporada —le advirtió su hermana—, pero si quieres comer cangrejos, los encontraré donde sea y los comeremos el viernes por la noche. Podemos cenar en el porche, pero no pienso evitar que la abuela cocine todo lo que quiera. De hecho, pienso animarla a encender el horno.

Abby se rió ante su entusiasmo. Las tartas, las galletas, los bizcochos y los pasteles de su abuela eran deliciosos. En algún otro momento de su vida, Abby había querido aprender todas aquellas recetas familia-

res y abrir una panadería, pero eso había sido antes de descubrir su interés por las finanzas. Precisamente, había sido ese interés el que le había permitido salir de Chesapeake Shores.

En ese momento, después de más de diez años frenéticos que había dedicado a ascender en la agencia para la que trabajaba, casarse, tener hijos y divorciarse, iba a volver a su verdadero hogar para pasar algo más que un precipitado fin de semana en el que apenas tenía tiempo de relajarse. Pero teniendo en cuenta el tono tan serio de su hermana, no sabía si eso era algo bueno o no.

—¿No puedes ponerte por lo menos una corbata? —gruñó Lawrence Riley mirando a su hijo—. Si vas a hacerte cargo de este banco, tienes que ser un ejemplo para los empleados. No puedes llegar aquí con aspecto de acabar de bajarte de una Harley.

Trace miró a su padre con expresión divertida.

—Que es, exactamente, lo que acabo de hacer. He dejado la moto en el aparcamiento.

Su padre profundizó su ceño.

—Creo que te dije que vinieras en el coche de tu madre. Tienes que dar buena imagen.

—¿Y qué se suponía que iba a hacer mamá? —preguntó Trace—. No me la imagino llegando en la Harley a la reunión sobre jardinería.

—Tu madre tiene docenas de amigas que podrían haber ido a buscarla —le contradijo su padre.

—Y, al parecer, ninguna de ellas tenía ganas de acompañarla a todos los recados que tenía que hacer después de la reunión —respondió Trace.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad? —farfulló Lawrence—. Pues quiero que sepas que si no me tomas ni a mí ni tu trabajo en serio, esto no va a funcionar.

—Siempre te tomo en serio —repuso Trace—. En cuanto al trabajo, no lo quiero. Tengo una carrera profesional en Nueva York. El hecho de que no tenga que llevar traje o utilizar una calculadora no quiere decir que no sea un trabajo respetable.

De hecho, su trabajo de diseñador no sólo estaba bien pagado, sino que le permitía vivir y trabajar en un enorme loft en el Soho y no tener que responder ante su padre. De hecho, ésa era la mayor de las ventajas.

Su padre le miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué? ¿Eso significa que voy a tener que dejar que este banco sea absorbido por un conglomerado financiero?

—A lo mejor sí —respondió Trace, aun siendo consciente de que de esa manera estaba poniendo el dedo en la llaga—. Así es como funciona actualmente el mundo de las finanzas.

—Pues bien, este banco no será absorbido por nadie, por lo menos si de mí depende —respondió Lawrence tozudo—. Chesapeake Shores Bank les proporciona un servicio a las personas de esta comunidad que uno de esos gigantes bancarios nunca podría ofrecer.

Trace no iba a discutirlo. Pero tampoco tenía ganas de dirigir aquel banco, fuera o no una herencia familiar.

—¿Por qué no pones a Laila a cargo de todo? —preguntó.

Se refería a su hermana pequeña. Si podía convencer a su padre de que le ofreciera a Laila un trabajo que ella siempre había querido, podría regresar a Nueva York al día siguiente por la mañana. Lo único que tenía que hacer era intentar venderle a su padre la idea.

—Piensa en ello, papá. Laila tiene una gran cabeza para los números. Sacó las mejores notas en la universidad y tiene un máster en Economía de la Wharton School. Lo más normal es que se encargue ella del banco.

—Sí, ya había pensado en ello —admitió su padre—. Incluso hablé con tu hermana, pero me dijo que me fuera a paseo.

Aquello sí que no se lo esperaba.

—¿Por qué?

Su padre se encogió de hombros.

—Dijo que no quería ser la segunda opción para nadie, ni siquiera para mí.

Trace le miró con expresión de incredulidad.

—Pero si se lo pediste antes a ella...

—¿Y desde cuándo ha prestado tu hermana alguna atención a la lógica? Está convencida de que se lo pedí porque sabía que tú no ibas a querer ese trabajo.

—Y supongo que no intentaste convencerla de que estaba equivocada.

—¿Cómo iba a convencerla de que estaba equivocada si tenía razón?

—¿Crees que seréis capaces de llegar a comunicarnos alguna vez en vuestra vida? —gruñó Trace.

Su padre y él podían discutir el noventa y nueve por ciento de las veces, pero Lawrence Riley y Laila no estaban nunca de acuerdo en nada; eran capaces de discutir desde por algo tan estúpido como los cereales del desayuno hasta por una decisión tan crítica como la dirección del banco, y había sido así desde el momento en el que Laila había aprendido a hablar.

—¿Te refieres a comunicarnos como lo hacemos tú y yo? —respondió su padre con ironía.

—Sí, por lo menos ya sería algo —respondió Trace—. Mira, hablaré con ella e intentaré suavizar las cosas. Supongo que le has herido el orgullo porque hace ya años que dejaste claro que me querías a mí para ese puesto, pero seguro que terminará ocupándolo ella.

Su padre dio un puñetazo en el escritorio.

—Maldita sea, eres tú el que tiene que ocupar ese puesto, Trace. ¿Qué ha pasado con la lealtad familiar? Un hombre se pasa toda la vida trabajando para cons-

truir algo nuevo para su hijo y ahora él lo tira por la borda sin pensárselo dos veces.

—He tenido toda la vida para pensarlo, siempre has dejado muy claro lo que esperabas de mí. Y he vuelto a pensar repetidamente en ello desde que me llamaste. Papá, sabes perfectamente que ese trabajo no está hecho para mí. Yo necesito la creatividad en el trabajo, algo que pone nervioso a cualquier banquero.

A los labios de su padre asomó una sonrisa.

—Supongo que tienes razón —admitió—. ¿Qué te parece esta propuesta? Acepta el puesto durante seis meses y si cuando termines lo sigues odiando, podrás dejarlo contando con mi bendición. Es justo, ¿no te parece?

Al ser un diseñador que trabajaba por libre para diferentes agencias de Nueva York, Trace tenía la posibilidad de hacer lo que su padre le pedía. Si de esa manera podía comprar para siempre su libertad, seguramente podría sobrevivir durante esos seis meses en Chesapeake Shores. Se lo debía a su padre. Y a la larga, sería más beneficiosa aquella demostración de lealtad que causar una pelea familiar.

Además, de esa manera podría dedicar más tiempo a tratar de convencer a su hermana de que olvidara su estúpido orgullo y aceptara el puesto. Ella deseaba ese trabajo desde que había aprendido a contar. Debería aceptarlo y dejar de desperdiciar su talento llevando la contabilidad de algunos negocios locales. Desgraciadamente, había heredado la cabezonería de su padre. Probablemente, Trace iba a necesitar todos y cada uno de los días de aquellos seis meses para que su padre y Laila se reconciliaran.

—De acuerdo, seis meses —aceptó—. Pero ni un día más.

Lawrence sonrió de oreja a oreja.

—Ya veremos. Es posible que descubras que te apasiona trabajar en un banco.

—O que tú te des cuenta de que soy completamente inútil con las matemáticas.

—Los resultados de los exámenes y los tests que te hicieron en la universidad no decían lo mismo —se levantó y le tendió la mano—. Bienvenido a bordo, hijo.

Trace le estrechó la mano y estudió atentamente su rostro. Había un brillo en los ojos de su padre que sugería que le estaba ocultando algo.

—¿Qué te propones? —preguntó con recelo.

—¿Que qué me propongo?

Lawrence Riley intentó, sin éxito, poner cara de póquer. La mitad de sus amigos del club de campo podían dar fe de lo pésima que era su cara de póquer. Durante los últimos treinta años, se habían llenado los bolsillos a su costa.

—No te hagas el inocente, papá. Te propones algo que no tiene nada que ver con el hecho de que sea tu protegido en el banco.

—Hemos hecho un trato, eso es todo —insistió su padre—. Ahora, déjame enseñarte tu despacho. De momento es bastante espartano, pero puedes decorarlo como quieras. Ahora le pediré a Raymond que te lleve algunos informes. El martes por la mañana tenemos una reunión con el comité de préstamos. Para entonces tendrás que tener preparadas tus recomendaciones.

Trace alzó la mano.

—Espera un momento. No sé nada sobre recomendaciones, ni sobre si un préstamo debería o no ser aprobado.

—Raymond te enseñará todo lo que tienes que saber. Ah, y no todo serán préstamos. También se hablará de si hay que ejecutar una hipoteca.

A Trace se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Quieres que decida si hay que echar a alguien de su casa y poner su casa a subasta?

—Es un negocio, no una casa. Y, por supuesto, no tomarás tú solo la decisión. La junta directiva tomará

la decisión final, pero tendremos que tener en cuenta tus recomendaciones.

—De ningún modo —se negó Trace.

¿Quién era él para destrozar los sueños de nadie? En Chesapeake Shores, los negocios eran pequeños, familiares. Sería como quitarle a alguien la comida de la mesa, y, probablemente, a alguien que conocía. No estaba seguro de que tuviera estómago para hacer una cosa así.

—No puedes ser tan blando. Éste es un negocio en el que lo único que importan son los dólares y los peniques. En cuanto revises todos esos documentos, lo comprenderás —su padre le palmeó la espalda—. Empieza revisando esos informes y después te enviaré a Raymond.

Trace observó a su padre marcharse y después fijó la mirada en la pila de portafolios que le había dejado en medio de aquel enorme escritorio de caoba que ocupaba la mayor parte del despacho. El primero de ellos tenía una siniestra pegatina roja.

Se sentó tras el escritorio y lo miró con recelo. Al final, la curiosidad le venció, lo abrió y clavó la mirada en la primera página.

—Oh, diablos.

Posible ejecución de hipoteca, leyó. La Posada del Nido del Águila. Propietaria: Jessica O'Brien.

Conocía a Jess O'Brien, pero no fue su imagen la primera que acudió a su mente. Fue la de su hermana mayor, Abigail, que le había robado el corazón años atrás y había desaparecido para siempre de su vida sin despedirse siquiera.

Durante años, había estado diciéndose a sí mismo que era ridículo aferrarse a un recuerdo tan escurridizo. Había intentado olvidarla con otras relaciones, la mayor parte de ellas sin importancia, pero también con un par de relaciones que prometían ser más profundas. Pero al final, no había sido capaz de olvidar su deseo

por una mujer de pelo castaño, ojos risueños y un espíritu temerario que igualaba al suyo.

¿Y se suponía que después de tantos años tenía que decidir el futuro de su hermana? Si algo sabía de los O'Brien era que estaban muy unidos. Si le quitaba a Jess su negocio, se pondría en contra a todos ellos, y, por supuesto, también a Abby. ¿Sería ésa la razón por la que le brillaban los ojos a su padre?

Descartó inmediatamente aquella posibilidad. Su padre no podía saber que había estado acordándose de ella durante todos aquellos años. Nadie lo sabía.

Excepto Laila, comprendió. Su hermana había sido la mejor amiga de Abby. Incluso les había ofrecido una coartada aquella maravillosa noche que habían compartido en una de las cuevas de la playa. ¿Sería posible que su padre y ella estuvieran conspirando contra él?

Sí, seguramente acababa de dar en el clavo, pensó estremecido. A lo mejor por fin iba a ver cumplido su deseo de volver a ver a Abby. O quizá estuviera a punto de meterse en un serio problema. Se preguntó si, andando Abby de por medio, realmente podría haber alguna diferencia.

Una hora después, con las cifras sobre el desastre financiero de la posada bailándole en la cabeza, Trace montó en la moto y se fue a verla. Esperaba poder encontrar algo, cualquier cosa, que le convenciera de que no debía ejecutar la hipoteca. Necesitaba llevar argumentos a la junta directiva y a su padre con plena confianza.

Se permitió relajarse mientras conducía por la carretera de la costa saboreando el aire salado del Atlántico y sintiendo el sol sobre los hombros. Estaban al final de la primavera, pero todavía se podía apreciar el olor de las lilas en la brisa al pasar por la propiedad de los Finch. La viuda Marjorie Finch, que ya era una anciana arrugada cuando él era un niño, adoraba las lilas y las

había dejado crecer de tal manera que se extendían por toda la cerca de su propiedad a lo largo de la carretera. Cuando había comenzado a crecer la madreselva, la había atacado como si fuera un invasor de otro planeta. Ya no podía dedicarles su cariñoso cuidado a las lilas, pero los arbustos continuaban rebosantes de flores fragantes y delicadas.

A su derecha, por el estrecho camino que recorría la costa, las águilas pescadoras construían sus nidos en las mismas ramas desnudas en las que llevaban haciéndolo durante años. Para su diversión, una de aquellas intrépidas aves estaba levantando una complicada construcción de ramas, pedazos de cuerda e incluso tiras de cinta amarilla de las que utilizaba la policía sobre uno de los postes del muelle. A su propietario no le iba a hacer mucha gracia descubrir que iba a pasarse en zona prohibida todo el verano, hasta que las águilas decidieran cambiar de residencia.

Llegó por fin a la posada, que ocupaba la que en otro tiempo había sido una modesta casa victoriana construida sobre una pequeña elevación de tierra con vistas a la bahía. La última vez que había estado allí, la casa estaba necesitada de pintura, las tablas de madera que cubrían sus paredes estaban erosionadas por la acción del viento y el aire del mar. Las sillas y las mecedoras del porche estaban entonces en el mismo estado de abandono y el que en otro tiempo había sido un cuidado jardín, cubierto de maleza. Los Patterson no habían invertido un solo penique en aquella casa durante años.

En aquel momento, sin embargo, era más que evidente que Jess había hecho un duro trabajo para remodelar la casa. El exterior, de color blanco, parecía reflejar el color azul del agua. Las contraventanas estaban pintadas de rojo y la hierba perfectamente cortada. Las azaleas acababan de florecer y un enorme rododendro derramaba sus enormes flores sobre la barandilla del porche de la parte de atrás de la casa. El letrero de la

posada, colgado de unos ganchos de cobre en la entrada, estaba recién pintado. La posada parecía preparada para volver a la vida.

El problema era que los pagos de Jess decían todo lo contrario. Desde que el año anterior le habían concedido el préstamo, tenía todo un historial de retrasos en el pago e incluso había dejado de pagar algunas letras. Había gastado hasta el último penique en aquella posada y todavía no había una fecha de apertura. Y no tenía un solo penique en efectivo. Ya había recibido dos advertencias formales del banco. Y desde el fiasco producido en el negocio de las hipotecas, los bancos se ponían muy nerviosos en cuanto percibían problemas con algún préstamo. Teniendo en cuenta los informes, parecía que el banco no tendría más remedio que ejecutar la hipoteca. Trace no pudo evitar una mueca ante aquella perspectiva.

Estaba con la moto en el camino de la entrada cuando se abrió la puerta y salió Jess al porche. Al verle, frunció el ceño.

Sin dejar de mirarle con el ceño fruncido, cruzó el jardín con los brazos en jarras y los pies enfundados en unos zuecos de goma. Tenía los vaqueros y la camiseta salpicados de pintura blanca, con algunos toques de azul Williamsburg, si Trace no recordaba mal los tonos de la paleta.

Cuando estuvieron cara a cara, la mirada desafiante de Jess le recordó inmediatamente a Trace a otra irlandesa de fuerte carácter.

—¿Y bien? —le espetó Jess.

—Sólo estaba mirando cómo va todo.

—Supongo que eso es cosa de tu padre.

—En realidad, del banco —la corrigió Trace.

—Creía que te habías ido de aquí porque no querías saber nada del banco.

—Y así es. Sólo voy a trabajar en él durante unos meses.

—¿Los suficientes como para convertir mi vida en un infierno?

Trace sonrió al oírla.

—Quizá un poco más —señaló con la mano la casa y el jardín—. Se ve que has estado muy ocupada.

—Todo esto me ha llevado un trabajo enorme. Casi todo lo he hecho sola para ahorrar dinero —respondió, alzando la barbilla con un gesto beligerante y orgulloso.

—Quizá hubiera sido más lógico que contrataras a alguien para poder abrir antes el negocio.

—Yo no lo veo así.

—Evidentemente.

—¿Quieres verla por dentro? —preguntó Jess, con expresión esperanzada y repentino entusiasmo—. A lo mejor al verla te das cuenta de que tienes que pedirle a tu padre que tenga paciencia.

—No es tan sencillo, Jess. Sé que ya te ha advertido un par de veces de que vas retrasada en los pagos. Lo que le importa al banco es el dinero, no que estés haciendo un buen trabajo con la pintura.

—¿Desde cuándo te has convertido en un hombre tan rígido con los números como tu padre? No eras así cuando salías con mi hermana —le miró pensativa—. ¿O sí? ¿Fue ésa la razón por la que rompisteis?

Trace se tensó.

—Te aconsejo que no sigas por ahí —le advirtió—. Abby no tiene nada que ver con esto.

—¿De verdad? Pues a mí me parece que estás emocionado ante la perspectiva de poder vengarte de lo que te hizo. Fue ella la que te dejó, ¿verdad?

Aquel comentario no sólo era indiscreto, sino también ofensivo.

—Maldita sea, Jess, no tienes la menor idea de lo que pasó entonces y te aseguro que no me conoces en absoluto si crees que sería capaz de utilizarte para vengarme de tu hermana.

—¿De verdad? —replicó Jess, con expresión de absoluta inocencia—. No sé si sabes que va a estar por aquí. Llega mañana.

Trace intentó disimular los nervios que le produjo aquella noticia.

—Salúdala de mi parte —puso la moto en marcha—. Hasta pronto, Jess.

Jess pareció perder su anterior seguridad.

—¿Qué vas a decirle a tu padre, Trace?

—No tengo ni idea —respondió él, todo candor. La miró a los ojos—. Pero te prometo que lo que le diga no tendrá nada que ver con Abby.

Jess asintió lentamente.

—Te tomo la palabra.

Pero mientras se alejaba de allí, Trace se preguntó si debería hacerlo. En lo que se refería a sus sentimientos hacia Abby O'Brien, quizá su palabra no fuera del todo digna de confianza.

2

—¿Adónde vamos, mamá? Dínoslo otra vez —preguntó Caitlyn.

—¿Cuándo llegamos? —se lamentó Carrie—. Llevamos un montón de tiempo en el coche. Quiero ir a casa.

—Sólo hace media hora que salimos del aeropuerto —le advirtió Abby a Carrie.

La niña tenía la paciencia al límite después de la larga espera en los controles de seguridad del aeropuerto de Nueva York y la todavía más aburrida espera para alquilar un coche en el de Baltimore. El vuelo, que había tardado menos de una hora, había ido bastante bien. Las niñas estaban encantadas de volar en avión, pero a esas alturas, estaban ya cansadas e irritables y no tenían el menor interés por el paisaje que rodeaba la carretera por la que se dirigían hacia Chesapeake Shores. Seguramente, podría haberlas tranquilizado parando a comprar un helado o alguna otra chuchería, pero Abby no estaba dispuesta a recompensar una mala conducta a cambio de unos minutos de tranquilidad.

—¿Por qué no intentáis dormir un poco? —les pidió, mirándolas por el espejo retrovisor—. Cuando os despertéis, estaremos ya en casa de la abuela y estoy segura de que os habrá preparado unas galletas de azúcar. ¿Os acordáis de cuánto os gustaron las galletas que os hizo la última vez que vino a vernos a Nueva York?

—A mí me gustan más las galletas de chocolate —gruñó Carrie, decidida a no dejar que nada mejorara su humor.

—A mí me gustan las de azúcar, así que me comeré todas —replicó Caitlyn.

—¡No, no te vas a comer todas! —gritó Carrie—. ¡Mamá, dile que no puede comerse todas, que algunas son mías!

Abby ahogó un gemido.

—Estoy segura de que habrá galletas para las dos. Ahora, cerrad los ojos. Y si continuáis así cuando lleguemos, ya podéis olvidaros de comer nada. Iréis directamente a la cama.

Las niñas se callaron, pero una mirada al espejo retrovisor le indicó que se estaban haciendo muecas. Abby lo ignoró. Tenía que concentrarse en el tráfico, que se había multiplicado desde la última vez que había estado por allí. Estaba deseando girar hacia una de aquellas carreteras desiertas de Maryland.

Desgraciadamente, en ningún momento dejó de haber tráfico. Al parecer, todo el mundo había decidido acercarse a alguna de las poblaciones marítimas de Maryland el viernes por la noche. Años atrás, sólo había problemas para llegar a Ocean City o algunas de las playas del Atlántico, pero al parecer, la gente había descubierto el encanto de los pueblos de la bahía oeste.

Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Jess.

—Hay un tráfico horrible —dijo cuando contestó su hermana—. A este paso, tardaremos otra hora en llegar.

—Se lo diré a la abuela. Yo ahora mismo voy para

allí. No te pongas nerviosa. En cuanto llegues, tendrás esperándote los cangrejos y el vino.

—Gracias, gracias. Hasta ahora.

Tardó una hora y diez minutos más en llegar al desvío. Por fin, pensó cuando vio que se reducía el tráfico y una vez allí, en vez de dirigirse directamente a la casa, aprovechó que las niñas se habían dormido para cruzar el pueblo por la calle principal, que iba desde el muelle hasta la plaza.

Sólo había un escaparate vacío; el resto de los escaparates de las tiendas era un auténtico despliegue de colorido. La Barb's Baby Boutique estaba al lado del Ethel's Emporium, donde podía comprarse cualquier cosa, desde recuerdos para turistas hasta las mermeladas y jaleas artesanales producidas en el pueblo. La Kitchen Store, donde vendían todo tipo de utesinlios para cocina, estaba al lado de una tienda de regalos en la que todos los objetos tenían alguna relación con el mar. Había también una tienda de ropa para mujeres y todos y cada uno de los establecimientos tenían en la entrada macetas con pensamientos y toldos de rayas blancas y azules para protegerse del sol. En cuanto la primavera diera paso al verano, los pensamientos serían cambiados por geranios rojos.

Con la ventanilla del coche abierta, respiró, disfrutando al sentir el olor de la sal en el aire. Justo en ese momento, oyó las notas de un concierto al aire libre. Había olvidado ya los conciertos que se ofrecían durante las noches de los viernes de primavera, verano y el principio del otoño, cuando el buen tiempo llenaba de visitantes la ciudad. Aquella noche era un concierto de jazz y, por lo que podía oír desde allí, centrado en el saxo.

Sonrió al recordar las discusiones que tenía en otro tiempo con su padre sobre el tipo de música adecuado para aquellos conciertos. Si por su abuela y por él hubiera sido, todas las semanas habrían sido cantantes y músicos irlandeses.

—Mamá, oigo música —musitó Carrie somnolienta—, ¿vamos a ir a una fiesta?

—No, pero ya casi estamos en casa —respondió Abby—. Cinco minutos más y llegamos.

Se alejó del centro del pueblo y tomó la carretera de la bahía hasta el final y desde allí comenzó a subir una colina. Al llegar a la cumbre, giró a la izquierda, tomando el largo camino que terminaba justo en una casa situada en la primera línea de playa. Era una casa rodeada por un porche y con montones de ventanales para disfrutar de la espectacular vista de la bahía. Había luces en todas las ventanas. Dos siluetas, una de ellas muy dinámica y la otra ligeramente cargada de espaldas, salieron de las sombras del porche en el momento en el que detuvo el coche.

—¡Abuela! —gritó Caitlyn, retorciéndose para quitarse el cinturón.

—¡Y tía Jessie! —exclamó Carrie, intentando salir.

Abby liberó los cierres de seguridad y Carrie salió corriendo para arrojarle a los brazos de su tía favorita.

Jess envolvió a su sobrina en un abrazo mientras Caitlyn abrazaba a su bisabuela con más recato, como si supiera instintivamente que tenía que tener más cuidado con aquella anciana.

Abby contempló la escena con una sonrisa. ¿Por qué no habría vuelto más a menudo? ¿De verdad estaba tan ocupada? ¿O era sólo una excusa para no enfrentarse a los sentimientos que le provocaba estar de nuevo allí? Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos estar en su casa, sintiendo la brisa del mar susurrando entre los árboles, oyendo las olas lamiendo la orilla y deleitándose en la promesa de los cangrejos y el vino esperándola en el porche, acompañados por lo que quiera que la abuela hubiera horneado aquel día.

Su abuela la miró a los ojos con una sonrisa de complicidad.

—Es bueno estar en casa, ¿verdad?

—Mejor incluso de lo que esperaba —admitió Abby—. ¿Cómo estás, abuela? Tienes buen aspecto.

Desde luego, no aparentaba los casi ochenta años que Abby calculaba que tenía, porque su abuela no quería admitirlos. Cuando cualquiera de ellos había intentado averiguarlo, aunque fuera para la reconstrucción del árbol genealógico, su abuela siempre evitaba dar la fecha de su nacimiento.

—Ahora que vais a pasar aquí unos días, estoy incluso mejor —contestó su abuela—. Primero daremos de cenar a las niñas, y después cuando esté todo más tranquilo, cenaremos nosotras, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

—¿Por qué no me las llevo a ver su dormitorio? Las he instalado en el de Connor, que tiene dos camas. Pero no puedo retirar ni uno solo de los trofeos de tu hermano. El dormitorio está igual que cuando tu hermano dormía allí.

Abby sonrió.

—Así que abarrotado y desordenado. Les encantará.

Cuando la abuela y las niñas entraron en la casa, Abby se volvió hacia su hermana y la abrazó.

—¿Ya estás preparada para decirme por qué querías que viniera?

Jess la miró con recelo.

—Siempre directa al grano. ¿No puedes relajarte ni siquiera durante cinco minutos?

—No, si esperas que te ayude a resolver tu problema, cualquiera que sea, en sólo unos días.

—Me temo que tendrás que esperar un poco. No quiero hablar de ello hasta que la abuela no esté en la cama. No quiero preocuparla.

Abby frunció el ceño.

—¿Tan serio es?

—Ya te dije que era un asunto de vida o muerte —

respondió Jess con impaciencia—. Vamos, necesito una copa de vino. O quizá dos, para poder contarte todo esto.

A juzgar por el humor de su hermana, Abby tenía el presentimiento de que también ella iba a necesitarlas.

Jess no estaba del todo segura de cómo manejar aquel asunto. Lo único que sabía era que tenía un miedo atroz a confiarle nada a su hermana. Aun así, cuando sus planes se habían ido a pique y se había dado cuenta del problema en el que ella misma se había metido, llamar a Abby, el genio para las finanzas de la familia, le había parecido la única opción sensata.

No quería perder la posada. Desde que era niña, había imaginado que aquella casa sería suya algún día. Y justo un año y medio atrás, poco antes de Navidad, había visto el letrero que anunciaba su venta. Aburrida como estaba de su trabajo en el Ethel's Emporium, había tomado una decisión. Por primera vez desde que había vuelto a casa tras terminar los estudios universitarios, había sentido la anticipación y la emoción vibrando dentro de ella. Aquélla era la oportunidad de dar sentido a su vida, de construir la clase de futuro que aprobaría su familia.

Al principio, no le había contado a nadie sus planes. No estaba del todo segura de por qué. Probablemente, porque tenía miedo de que la ridiculizaran, o de que le negaran cualquier posibilidad de éxito. Al fin y al cabo, continuaba siendo la pequeña de la familia, y la más inconstante. Nunca había durado en nada mucho tiempo. A diferencia de sus hermanos, nunca había tenido una auténtica pasión por el trabajo, todavía no había encontrado su lugar en el mundo. Había pasado los años dejándose llevar por lo que la vida le ofrecía y toda su familia lo sabía. Y lo peor de todo era que no esperaban otra cosa de ella.

—Oh, ya conoces a Jess. Nunca dura mucho tiempo en nada.

¿Cuántas veces había tenido que oír aquellas palabras en labios de algún miembro de su familia? Sobre todo en los de su padre. Cuando se lo decían Abby o alguno de sus hermanos, sabía tomarse las cosas con calma. Pero cuando era Mick el que se lo reprochaba, Jess reaccionaba inmediatamente. Había crecido pensando que jamás estaría a la altura de sus expectativas. La posada era la oportunidad de demostrar a su padre, de demostrarles a todos ellos, que estaban equivocados.

Afortunadamente, Jess, al igual que el resto de sus hermanos, tenía un modesto fondo de inversiones que había podido hacer efectivo al cumplir veintiún años. Había sido un fondo sabiamente invertido y la cantidad había crecido, especialmente desde que Abby se había hecho cargo de las cuentas. Y por los cálculos que se había hecho, sería suficiente para el primer pago.

En un impulso, había quedado con el agente inmobiliario a la mañana siguiente. Por ingenuidad, y porque estaba haciendo realidad su sueño, no había solicitado ningún documento que garantizara que la propiedad estaba libre de cargas. Había ido a inspeccionar la casa y había visto que estaba en buen estado. Había hecho una oferta prudente que le habían aceptado inmediatamente. Los Patterson estaban deseando marcharse de allí, de modo que lo único que quedaba era conseguir un préstamo para pagar la casa.

En ese momento debería haber llamado a Abby, comprendió. O a su padre. Incluso sus hermanos podrían haberle aconsejado. Pero resuelta como estaba a arreglárselas sola, había decidido hacer las cosas hasta el final. Para mantener los pagos dentro de lo razonable, había solicitado un préstamo que a corto plazo sólo le exigía pagar intereses y pensaba refinanciar el préstamo en cuanto abriera la posada y pudiera empezar a obtener beneficios.

Pero sus planes habían sido un fracaso, se dijo saboreando el vino mientras esperaba a que Abby regresara de acostar a las niñas. Nada había salido como esperaba. Los Patterson no tenían ningún sistema de reservas actualizado. La calefacción y el aire acondicionado apenas funcionaban y había tenido que reemplazarlos por equipos con mejor rendimiento energético. Aunque el edificio estaba en buen estado, las habitaciones estaban destrozadas, las cortinas descoloridas y las sábanas para tirar a la basura. El exterior sólo había que pintarlo, pero hasta eso costaba dinero.

El primer pago había terminado con sus fondos, de modo que había pedido un nuevo préstamo utilizando la posada como aval y se lo habían aprobado casi inmediatamente.

Emocionada, Jess había dado la noticia a la familia. Tal y como era predecible, su abuela y sus hermanos se habían alegrado mucho por ella. Mick le había hecho mil y una preguntas perfectamente razonables para las que ella no tenía respuesta. Había sido entonces cuando había comenzado a pensar que aquel proyecto podía llegar a superarla.

Después, unos meses atrás, cuando todavía estaba intentando completar la decoración de la posada, había recibido una carta del banco indicándole que llevaba retraso en el pago de la hipoteca y el préstamo. Había empezado entonces a reunir el dinero, avergonzada al darse cuenta de que en su celo por arreglar la pensión, se le habían pasado por alto las fechas de los pagos. Y había vuelto a suceder un par de meses más tarde. Después de aquello, una vez agotados sus fondos, había dejado de pagar dos meses. Y había sido entonces cuando había recibido una notificación de incumplimiento de los términos de la hipoteca y del préstamo.

—¿Eso qué significa? —le había preguntado a Lawrence Riley cuando había llamado al banco aterrada.

—Significa que con tu historial podríamos empezar los procedimientos de ejecución de la hipoteca. He estado echando un vistazo a la posada y no parece que esté abierta.

—Todavía estoy arreglándola. La inauguración está programada para el uno de julio. Me habría gustado que fuera para el Día de los Caídos, pero no fue posible.

—¿Cómo esperas hacer frente a estos pagos, o a los del mes que viene?

—Encontraré el dinero —le aseguró, aunque todavía no sabía dónde.

—A lo mejor deberías hablar con tu padre. Seguro que estaría dispuesto a...

Jess le interrumpió inmediatamente.

—Este proyecto es mío. Mi padre no tiene nada que ver.

Con aquel comentario consiguió acallarle, algo que consideró positivo hasta que su interlocutor dijo:

—Si supiera que tu padre te respalda, podríamos resolver de otra forma el préstamo que...

—Pues no —repitió Jess—. Pagaré lo que debo, señor Riley. Sabe perfectamente que la posada tiene un gran potencial. Que será un éxito.

—En las manos adecuadas, sí, pero ya no estoy tan convencido de que tú seas la persona capaz de convertirla en un negocio rentable.

Su condescendencia y su falta de fe la habían enfurecido. Le habría gustado replicar, pero incluso ella era suficientemente sensata como para ser consciente de que su relación con el banquero ya era suficientemente precaria.

—Por favor, tenga paciencia. No se ha equivocado al concederme esos créditos, señor Riley. Me conoce, y conoce también a mi familia.

—Como te he dicho, si quieres que tu padre participe en esto, podríamos hablar...

—No —volvió a interrumpirle.

—Eres tú la que tiene que decidirlo, por supuesto, pero espero recibir los pagos cuando me corresponde. Buenos días, Jessica.

Aquella conversación había tenido lugar el martes. Jess había llamado a Abby el miércoles, en cuanto se había dado cuenta de que no tendría el dinero a tiempo. Sabía que Abby iba a enfadarse cuando se enterara de la clase de tratos que había hecho Jess sin consultar con ella, pero al final lo arreglaría todo, porque así era Abby. No había un problema para el que no tuviera solución. Incluso cuando se había divorciado, había encontrado la forma de mantener el equilibrio, de continuar trabajando y de dar a las gemelas la atención que necesitaban en medio de aquel torbellino emocional. Si había conseguido manejar una situación tan compleja, sus problemas serían pan comido para ella, había pensado Jess confiada.

Por supuesto, todo eso había sido antes de darse cuenta de que Trace formaba parte de la ecuación. No tenía la menor idea de lo que había pasado entre Abby y Trace durante todos aquellos años, pero sabía que no había sido nada bueno. Allí había toda una historia, y a pesar de que Trace le hubiera asegurado que no dejaría que eso interfiriera en la decisión del banco, no estaba segura de que pudiera creerle. Y tampoco tenía muy claro lo que haría Abby cuando supiera que tendría que enfrentarse a un viejo amor. Quizá fuera preferible no mencionarlo de momento.

Cuando Abby se reunió por fin con ella en el porche, Jess le preguntó por el trabajo, por cómo les iba a las niñas en la escuela infantil y por la existencia de algún hombre en su vida. Al final, Abby la miró con impaciencia.

—Estás evitando hablar del tema —la acusó.

Jess se sonrojó.

—Sí, es verdad, pero también es cierto que quiero

ponerme al tanto sobre tu vida. Hace mucho que no tenemos una conversación de corazón a corazón, y lo echo de menos.

Abby suavizó su expresión.

—Sí, yo también, pero lo primero que tienes que hacer es contarme tu problema de vida o muerte.

Una hora después, Jess se había desahogado y veía el desconsuelo que reflejaba la mirada de su hermana pensando que quizá aquello no fuera tan fácil de arreglar como imaginaba.

—Podremos solucionarlo, ¿verdad? —preguntó vacilante—. Sé que hasta ahora todo lo que he hecho ha sido un desastre, pero en cuanto veas la posada, comprenderás por qué he actuado así. Todo va a salir estupendamente.

—Sólo saldrá estupendamente si puedes evitar que el banco ejecute la hipoteca —le dijo Abby con franqueza—. ¿Por qué no me has llamado antes? Podría haberte dejado dinero.

—No necesito tu dinero —insistió Jess—. Sé que puedo hacerlo sola. Lo único que necesito es tiempo. Un par de meses como mucho.

—¿Ya tienes alguna reserva?

—Tengo el verano completo y estoy empezando a reservar habitaciones para el invierno —anunció con orgullo—. Además, en cuanto empiece a correr la voz de lo acogedora que es la posada y lo fabulosa que es la comida, tendré reservas durante el resto del año, por lo menos los fines de semana. Y prepararé también algunos paquetes especiales para garantizar que haya huéspedes en noviembre y diciembre, e incluso en enero y febrero. Tengo un plan de mercado genial, Abby.

—¿Lo tienes por escrito?

—No, pero si eso puede servir de ayuda, lo pondré por escrito.

Abby asintió con expresión pensativa.

—Hazlo. A lo mejor es eso lo que necesito. Maña-

na a primera hora me pasaré por allí y les echaremos un vistazo a tus cuentas. Intentaré elaborar un presupuesto realista y el lunes iremos al banco.

Lo que significaba que tendría que verse las caras con Trace. Quizá no fuera tan buena idea.

—Sé que estás muy ocupada, Abby. Si tienes que irte a Nueva York, bastará con que me dejes todo por escrito. Ya llevaré yo la documentación al banco.

—No, es mejor que vaya yo. Asúmelo, el banco y yo hablamos el mismo lenguaje, y tú no. Éste es tu sueño y tú tiendes a dejarte llevar por los impulsos. Yo puedo hablar de números y hechos objetivos.

Jess cedió porque sabía que Abby tenía razón. Ella se dejaría llevar por la emoción y Abby siempre había sabido mantener el control.

—Si estás segura de que no te causa muchos problemas, entonces, gracias. No sé cómo voy a pagarte nunca que estés haciendo esto por mí, Abby. No puedo perder la posada. Es el primero de mis proyectos que realmente me importa. Y la primera oportunidad que tengo de demostrar que soy tan buena como el resto de los O'Brien.

Abby la miró estupefacta.

—¿A qué te refieres? Claro que eres tan buena como cualquiera de nosotros.

—Vamos, Abby. Yo siempre he sido el desastre de la familia, la hiperactiva incapaz de centrarse en nada. Seguramente, desde el primer momento pensabais que esto iba a ser un fracaso.

El tardío diagnóstico de déficit de atención había llegado cuando Jess tenía diez años y problemas de conducta en el colegio. Desde entonces, aquélla había sido su maldición y con mucha frecuencia, también una excusa para sus fracasos.

—Eso no es cierto —dijo Abby, aunque su expresión decía otra cosa—. Cariño, tienes un Trastorno de Hiperactividad y Déficit de Atención, todos lo com-

prendemos. Y a pesar de todo, mira lo que has conseguido. En el instituto te graduaste siendo casi la primera de tu clase y has sacado un título universitario. Para una persona con TDAH, eso es un gran triunfo. Y estoy segura de que también encontraremos la manera de solucionar lo de la posada.

—Conseguí un título universitario porque cambié de carrera, y desde entonces, he tenido media docena de trabajos —le recordó Jess, decidida a ser realista—. Además, tengo veintidós años y nunca he tenido una relación que haya durado más de unos meses.

—Porque todavía no has encontrado una persona a la que amar apasionadamente —replicó Abby—. Ahora tienes la posada. Recuerdo cómo hablabas de ella cuando eras niña. Te encantaba pasear por allí. Cuando me dijiste que por fin podías comprarla, me emocioné, Jess —la miró con determinación—. Así que ahora deja de preocuparte. Pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que conserves esa posada.

—Salvo prestarme dinero —le advirtió Jess—. Eso no lo permitiré.

—Ya veremos cómo van las cosas, ¿de acuerdo? Tengo dinero para invertir en proyectos seguros y tengo fe en ti.

A Jess se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero, Abby.

—Y yo a ti más. Ahora, será mejor que nos acostemos para que podamos levantarnos pronto. ¿A qué hora quedamos en la posada?

—¿A las nueve? —sugirió Jess.

No quería hacer madrugar demasiado a su hermana.

—Mejor a las ocho.

A pesar de que las emociones la desbordaban, Jess consiguió sonreír.

—No está mal. Supongo que estás relajada. Imaginaba que dirías a las siete.

—Cuidado, pequeña, podría cambiar de opinión.